



ALICE KELLEN

Todo
lo que
somos
juntos

DEJA QUE OCURRA 2

booket

Alice Kellen

Todo lo que somos juntos

Deja que ocurra, 2



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Alice Kellen, 2019

Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2020

Primera edición en esta presentación: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 13.346-2025

ISBN: 978-84-08-30807-2

Impreso en España

Aún tenía los ojos cerrados cuando sentí sus labios deslizándose por la curva de mi hombro, antes de bajar un poco más y dejar un reguero de besos al lado del ombligo; besos dulces y delicados, de esos que te hacen estremecerte. Sonreí. Y luego la sonrisa desapareció cuando noté su aliento cálido cerca de las costillas. Cerca de él. De las palabras que un día Axel trazó con sus dedos en mi piel, ese «Let it be» que llevaba tatuado.

Me removí inquieta antes de abrir los ojos. Apoyé una mano en su mejilla y tiré de él hasta que su boca encajó con la mía y una sensación de calma me inundó. Nos quitamos la ropa en el silencio de aquella mañana tranquila y soleada de un sábado cualquiera. Lo abracé cuando se deslizó dentro de mí. Lento. Profundo. Fácil. Arqueé la espalda cuando necesité más, ese empuje final duro e intenso. No lo encontré. Colé una mano entre nosotros y me acaricié con los dedos. Nos corrimos a la vez. Yo respirando agitada. Él gimiendo mi nombre.

Se apartó a un lado y me quedé mirando el techo blanco y liso de la habitación. No pasó mucho tiempo antes de que me incorporase en la cama y él me sujetase de la muñeca.

—¿Ya te marchas? —Tenía la voz suave.

—Sí, tengo muchas cosas que hacer.

Me levanté y fui descalza hasta la silla en la que había dejado tirada mi ropa la noche anterior. Mientras me vestía, Landon me miraba, aún tumbado entre las sábanas, con las manos tras la nuca. Me ajusté el cinturón fino de la falda antes de ponerme la camiseta de tirantes por la cabeza. Me colgué del hombro el maletín que mi hermano me había regalado por Navidad y terminé haciéndome una coleta de camino a la puerta.

—Eh, espera. Un beso antes de irte, ¿no?

Me acerqué a la cama sonriendo y me incliné para besarlo. Me acaricié la mejilla con ternura antes de suspirar satisfecho.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó.

—No puedo, estaré en el estudio hasta tarde.

—Pero es sábado —insistió—. Vamos, Leah.

—Lo siento. ¿Cenamos mañana?

—De acuerdo.

—Yo te llamo.

Bajé por las escaleras del edificio. La luz del día me recibió templada bajo el cielo grisáceo. Saqué los auriculares del malecón mientras caminaba, cogí una piruleta y me la llevé a la boca. Crucé corriendo por un paso de peatones justo cuando el semáforo estaba a punto de cambiar a rojo y atravesé un parque salpicado de flores que me servía de atajo hasta mi estudio.

En realidad, no era mío, no completamente.

Pero había trabajado duro durante aquellos años de universidad para conseguir una beca que me permitía disponer de un pequeño espacio para mí.

Cuando llegué, el olor a pintura lo envolvía todo. Dejé mis trastos encima de una butaca redonda y cogí la bata que estaba colgada tras la puerta. Mientras me la anudaba, fui acercándome al cuadro que presidía la vieja buhardilla.

Me estremecí al contemplar los trazos delicados de la curvatura de las olas, las salpicaduras de espuma y la luz iridiscente del sol que parecía resbalar por la tela. Cogí la paleta de madera y mezclé algunos colores mientras seguía mirando de reojo aquel lienzo que parecía desafiarme de algún modo retorcido. Alcé el pincel y noté que me temblaba la mano cuando los recuerdos se desbordaron. Se me encogió el estómago al rememorar la noche que tuve que ir corriendo allí porque de repente necesité pintar aquel tramo de playa que conocía tan bien, a pesar de que hacía ya tres años que no lo pisaba...

Tres años sin ese trozo de mar, diferente de los demás.

Tres años en los que yo había cambiado mucho.

Tres años sin verlo. Tres años sin Axel.

Me deslicé por la pared de la ola bajo el sol tenue del amanecer antes de caer al agua. Cerré los ojos mientras me hundía y los sonidos del mundo exterior se volvieron lejanos. Me impulsé hacia arriba cuando noté que me ahogaba. Con esfuerzo, pude sujetarme a la tabla de surf. Inspiré hondo. Una y otra vez. Pero ninguna de esas bocanadas de aire me llenó por dentro. Me quedé allí, flotando en la soledad de mi mar, contemplando el rastro de espuma y la luz moteada que brillaba entre las olas mientras me preguntaba cuándo volvería a respirar.

Llevaba toda la semana trabajando sin descanso. A veces me asustaba al pensar que ni siquiera era eso, trabajo, sino más bien necesidad, o una mezcla de ambas cosas. La pintura era el motor de mi vida, la razón por la que me había mantenido en pie, fuerte, llena de cosas que plasmar y volcar. Recuerdo el día que Axel me preguntó cómo conseguía hacerlo y yo le respondí que no lo sabía, que simplemente lo hacía. Si me hubiese hecho esa pregunta tiempo después..., no le habría contestado lo mismo. Le habría confesado que era mi válvula de escape. Que lo que no sabía expresar con palabras lo transmitía con colores y formas y texturas. Que era más mío y solo mío que ninguna otra cosa en el mundo.

Si no hubiese sido mi cumpleaños, aquella noche me habría quedado pintando en mi pequeña buhardilla hasta las tantas de la madrugada, como hacía a menudo los fines de semana, pero mis amigos de la universidad se habían empeñado en prepararme una fiesta y yo no podía negarme a ir. Me vestí mientras recordaba la llamada de Blair unas horas atrás para felicitarme y, de paso, darme la noticia de que el bebé que esperaba con Kevin iba a ser un niño. Era el mejor regalo que iba a recibir ese día, sin duda.

Me acerqué al espejo para hacerme una trenza. Llevaba el pelo tan largo que ya casi nunca me lo dejaba suelto; había pensado en cortármelo varias veces, pero la melena me recordaba a esos días en los que caminaba descalza y vivía en una casa alejada del resto del mundo, días en los que no me preocupaba demasiado la idea de peinarme o no. Hasta en eso había cambiado. La forma de vestir, más cuidada. Intentaba controlarme cuando sentía algún tipo de impulso tirando de mí, porque había aprendido que los estí-

mulos no siempre conducen por los caminos adecuados. Me esforzaba por ser más sosegada, pensaba las cosas antes de lanzarme al vacío y me molestaba en sopesar las consecuencias.

El teléfono sonó otra vez. Como siempre, mi corazón pareció saltarse un latido al ver ese apellido en la pantalla: Georgia Nguyen. Cogí aire antes de descolgar.

—¡Feliz cumpleaños, cielo! —exclamó ella—. Veintitrés años ya. No me puedo creer lo rápido que pasa el tiempo, si parece que fue ayer cuando te cogía en brazos y te paseaba por el jardín para que dejases de llorar.

Me senté en el borde de la cama y sonreí.

—Gracias por llamar. ¿Cómo estáis vosotros?

—A punto de coger un avión, en la zona de embarque. —Se echó a reír como una cría porque, al parecer, su marido estaba intentando hacerle cosquillas para quitarle el teléfono—. ¡No seas pesado, Daniël, ahora te la paso! Lo que te decía, cielo, que estamos en el aeropuerto de San Francisco y en una hora sale nuestro vuelo a Punta Cana.

—Menuda ruta estáis haciendo. Y qué envidia.

—Te llamo en unos días para hablar con más calma y sin interrupciones.

—No te preocupes, deja que se ponga Daniël.

—¡Feliz cumpleaños, Leah! —exclamó él de inmediato—. ¿Vas a celebrarlo con tus colegas? Pásatelo bien. Disfruta.

—Gracias, Daniël. Intentaré hacerlo.

Colgué y me quedé unos segundos mirando la pantalla del teléfono con nostalgia, pensando en todas las felicitaciones que había recibido aquel día..., y también en las que no.

Era una tontería. Una de esas que de vez en cuando me azotaban porque, al final, el recuerdo de las personas permanece en detalles que parecen poca cosa, pero que terminan siendo los que de verdad importan. Axel siempre había sido una presencia importante en todos mis cumpleaños; la única persona que yo deseaba ver cuando llegaba el día de celebrarlo, el que me hacía los regalos que más me gustaban y el que formaba parte de mis deseos cuando soplaba las velas siendo apenas una niña.

Sentía que hacía una eternidad de aquello...

Volví a mirar el móvil. No sé qué esperaba, pero no sonó.

Suspiré hondo y me levanté para acercarme al espejo alargado que seguía apoyado en la pared, exactamente en el mismo lugar en el que Oliver lo colocó casi tres años atrás, cuando lo compré por un impulso en una tienda cerca de mi residencia.

Me toqueteé distraída el extremo de la trenza, sin dejar de mirar mi reflejo. «Vas a estar bien —me repetí más por rutina que por otra cosa—; vas a estarlo.»

Ya había anochecido cuando salí a la calle para ir caminando al restaurante en el que habíamos quedado. Apenas había dado un par de pasos cuando él apareció.

—¿Qué haces aquí? —me reí.

—Quería acompañarte. —Landon me tendió la rosa que llevaba en la mano antes de darme un beso lento.

Miré la flor cuando se apartó y acaricié los pétalos, de un rojo escarlata. Me la llevé a la nariz para olerla mientras retomábamos el paso en silencio.

—Cuéntame qué has hecho hoy, ¿te ha cundido el día?

—Sí, estoy a punto de terminar un cuadro... —Tragué al recordar aquel trozo de mar tan mío, tan nuestro, y sacudí la cabeza—. No quiero aburrirte con eso. Háblame de ti.

Landon me detalló cómo le había ido la semana, lo mucho que había trabajado en el proyecto que estaba desarrollando para terminar su carrera empresarial, las ganas que había tenido de verme durante los últimos tres días en los que no habíamos encontrado un hueco libre, lo guapa que iba esa noche...

Caminamos más despacio cuando divisamos el restaurante.

—Espero que te guste tu fiesta sin sorpresa —bromeó, y luego se puso serio—. Ha venido todo el mundo. A veces, cuando te encierras tanto en ti misma y en esa buhardilla, me preocupo por ti, Leah. Quiero que disfrutes de esta noche.

Me enternecí ante sus palabras y lo abracé con fuerza.

Le prometí que lo haría.

Una sonrisa me cruzó la cara al traspasar el umbral del restaurante y ver a nuestros amigos levantándose de la mesa del fondo al tiempo que cantaban *Cumpleaños feliz*. Recibí achuchones y besos antes de sentarme junto a ellos. Habían venido casi todas las personas que formaban parte de mi vida en Brisbane: algunos compañeros de clase y Morgan y Lucy, las chicas a las que conocí el

primer mes en la residencia y de las que no me había separado desde entonces. Ellas fueron las primeras en tenderme su regalo.

Lo desenvolví con cuidado, nada que ver con la impaciencia que antaño me dominaba; quité el celo con la uña y doblé el papel antes de dar las gracias al encontrar material de dibujo, utensilios que sabían que necesitaba.

—Sois increíbles y no tendríais que haber hecho...

—¡No vale llorar! —gritó Morgan de inmediato.

—Pero si yo no iba a...

—Te conocemos —me cortó Lucy.

Me eché a reír al ver su expresión.

—Está bien, ¡nada de lágrimas, solo diversión! —Dirigí la mirada hacia Landon, que sonreía satisfecho y me guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa.

Cuando la fiesta terminó, eran las tantas de la madrugada y yo había bebido más de lo aconsejable teniendo en cuenta que mi hermano Oliver iba a venir a verme al día siguiente. Pero no me importó. Porque bajo las luces de aquel local en el que acabamos pidiendo algunas copas, me sentí bien, feliz, arropada entre los brazos de Landon y las risas de mis amigas. Dejé de pensar en los que ya no estaban, en la voz ronca de Axel felicitándome y en lo que me habría regalado aquel año en una realidad paralela en la que nosotros siguiésemos siendo las mismas personas que creyeron que jamás se alejarían.

Había tardado un tiempo en entenderlo, pero... la vida seguía. Axel no había sido el destino, tan solo el inicio de un tramo de camino que recorrimos juntos y de la mano antes de que él decidiese tomar un desvío.

Me tumbé en la cama borracha y la habitación parecía dar vueltas a mi alrededor. Abracé la almohada. Había épocas en las que apenas pensaba en Axel, ocupada entre las clases, las horas que pasaba en la buhardilla y las que estaba con Landon o las chicas, pero siempre regresaba. Él. Esa sensación de seguir llevándolo bajo la piel que cada vez me molestaba más. Los recuerdos desper-

taban en el momento menos esperado: al ver a un desconocido sujetando un cigarro entre el índice y el pulgar, por el olor del té, por una canción, un gesto tonto..., por cualquier detalle.

Recordé lo que guardaba en el primer cajón de mi mesilla, pero aguanté las ganas de abrirlo y coger ese objeto que había comprado en un mercadillo poco después de llegar a Brisbane.

Cerré los ojos con fuerza. Todo seguía dando vueltas.

Me pregunté qué estaría haciendo él en ese instante...